

# Inti: Revista de literatura hispánica

---

Volume 1 | Number 54

Article 15

---

2001

## Viaje Uno

Miguel Bota

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Bota, Miguel (Otoño 2001) "Viaje Uno," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 54, Article 15.  
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss54/15>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [elizabeth.tietjen@providence.edu](mailto:elizabeth.tietjen@providence.edu).

Miguel Bota

## VIAJE UNO

- ¿Tengo que subir al quinto piso de nuevo?

- No, no es necesario. Siéntese acá y nosotras le buscaremos lo que le falta. Pronto se podrá regresar a la casa, don Arturo.

- Gracias.

Don Arturo se sentó despacio, con cuidado, como se sienta un anciano cansado después de mucho trajín. La cabeza le daba ya vueltas, y el pulso le temblaba. Había sido una mañana agotadora, interminable. Por fin podía al menos sentarse y descansar. Miró a su alrededor y vio la sala atestada de gente en silencio, algún murmullo al fondo, una madre y una hija hablaban quedo. “Aquí no hay nadie contento”, se dijo, “como que están en las mismas que yo, probablemente”. Luego miró de nuevo a la ventanilla impecable, de donde le hablaban las señoritas pero sin prestarle mucha atención. Habían pasado casi cinco meses desde que había entrado a esa sala por primera vez. Después de que le hablaran por teléfono y le dijeran que Leonardo Cartimo acababa de ingresar y había pedido que contactaran con él. Acababa de bañarse, era pronto en la mañana y se asustó. Se pidió un taxi, ni en un año llegaba con la buseta, y corrió al hospital. Luego las explicaciones, la perorata inteligible del médico y las preguntas de las enfermeras. “¿Y la esposa? Habría que avisar a la esposa de don Leonardo, ¿no?”, le dijo la más antipática, gorda y fea, mucho, antipática, gorda y fea.

¡La esposa! Le vinieron ganas de reír. “¿Puedo verlo?”, preguntó él. Cuando entró, ya estaba Leonardo sin consciencia, gracioso, porque Leonardo había sido un inconsciente toda su vida, pero un inconsciente bueno. Le dio pena, verlo tendido sobre aquella cama que parecía cómoda, bajo la sábana blanca, con todos aquellos extraños artefactos a su alrededor. Entonces le sobrevino un pensamiento. Y miró a su alrededor. “¿Estás ahí, Leonardo?”. Quién sabía, sobre todo con Leonardo. Suspiró y le invadió una gran pena, una fatiga triste, fruto de la impotencia. De la impotencia ante tantas cosas... y el pobre Leonardo allá tendido, o quizá flotando a sus anchas... quién

sabía.

- Deben ser bien cuidadosos. ¿Me oyen? Nunca despierten bruscamente a nadie, quién sabe si está en viaje y lo condenan a vagar eternamente por el mundo etéreo de la otra dimensión. ¡Es bien serio! -decía gravemente la abuela Marcela, mientras ellos acurrucados en un rincón de la sala escuchaban embelesados-. Prueben, prueben esta noche. Verán como les gusta. Es lo mejor.

Leonardo la había creído. Y ya desde entonces empezó sus viajes astrales. Con demasiada afición. Le había cogido placer. Al despertar la mañana siguiente contaba mil y una historias. Victoria y él no le creían, pero en el fondo le tenían envidia, porque ellos dos no conseguían nada.

- Tonterías, eso es que lo soñaste o que lo imaginaste -le decía mamá a Leonardo. Y se sonreía.

- Es una descreída, ni modo -replicó la abuela cuando le dijeron-. Se cree que lo sabe todo y no sabe nada. ¡Española descreída!

Y ya nunca más había dudado Leonardo. Menos todavía cuando conoció a Isabel. Tenían ya veinte años Leonardo, veintidós Arturo. Fue en casa de María Elena Vilto. En una fiesta. Según parece se reconocieron al instante, o casi.

- Yo ya te conozco -le dijo Isabel.

- ¿Ah si? ¿Y de qué? -sonrió él.

- Piensa. De hace unas cuantas noches -y lo miró de un modo extraño, intenso. Estrellita Villa que estaba con ellos miró a Arturo con evidencia, aquello no sonaba muy decoroso. Pero Leonardo cambió inmediatamente. Parecía iluminado.

- Claro. Hace dos semanas, ¿verdad? ¡Estás tan diferente así! Qué bueno conocerte en esta dimensión. -Estrellita tiró del brazo de Arturo y se retiraron a otro grupo de gente. A los tres meses estaban casados. Contra todos. Que la abuela Marcela había ya muerto.

Luego todo resultó mal. Al año Isabel se marchó, probablemente conociera a otro en alguno de sus viajes. En contra de lo que Victoria y él pensaron, Leonardo no dejó sus viajes. Todo lo contrario, ahora se la pasaba todo el tiempo en la otra dimensión.

- Tenéis demasiado apego a esta dimensión. El cuerpo es sólo vasija. Si se pierde no importa. Tenéis demasiado miedo.

Victoria y él no contestaban. Ese nuevo silencio los fue alejando. ¡Con lo unidos que eran de pequeños! Los tres hermanos menores. Ese silencio fue suavemente empujando a Leonardo fuera de sus ordenadas vidas. Sin viajes. Hasta que le perdieron la pista. Alguien les dijo que había dejado la ciudad, incluso el país. “Pero, ¿de cuerpo o de mente?”, le dijo él a Victoria. “Eso no tuvo gracia, Arturo, estuvo feo”, aunque rió. Les daba pena. Mas, así es la vida. Van pasando cosas tontas de las que hay que ocuparse y no queda tiempo para lo importante. Los años siguieron sin

Leonardo. Victoria se murió, también Adelita, su amada esposa, y después recibió esa llamada telefónica. Y volvió a ver a Leonardo. Aunque para él se hubiera ido ya hacía mucho tiempo. Ni siquiera pudo albergar esperanzas de que retornara. El médico fue bien claro y rotundo. “Es cuestión de días, meses...”.

“¿Y la esposa? Habría que avisar a la esposa de don Leonardo, ¿no cree?”, de nuevo la enfermera fea, gorda y antipática.

“Se fue de viaje”, le dijo él. “Y ¿cuándo regresa? ¿No puede usted localizarla?”. “Pues no lo sé, y no, no puedo localizarla”.

Lo curioso fue que la vasija de Leonardo se apegaba a la vida de un modo extraño. Pasaban los días y su corazón seguía palpitando, con o sin su mente. Que eso probablemente solo la abuela Marcela lo sabría.

Le apenaba ver a su hermano de aquel modo. Por eso buscaba el consuelo de que quizá estuviera de viaje. Pero no... demasiado largo.

- Recuerden que ese estado es muy agotador para el cuerpo y no pueden estar mucho tiempo fuera. Eso es bien peligroso, mis hijos, ¡bien peligroso! Así que por bien que la estén pasando sean cabales y regresen en un tiempo prudencial.

Y mamá reía. “Tonterías, lo soñaste o lo imaginaste”.

Hasta que la noche anterior el corazón de Leonardo se había parado.

- ¡Don Arturo! ¿Se durmió? Disculpe, pero aquí le tengo los papeles que necesita para el registro. De nuevo mi más sincero pésame -esa era la más buena y dulce.

Ya podía irse a casa. A morirse en su cama. Ya que no le había tocado viajar.

- Nunca se sabe queridos, cualquier noche les pasa a ustedes, no desesperen.

Se metió en la cama y sintió mucha paz. Y una presencia extraña. Familiar. Pero no, no era una, eran dos. Entonces los reconoció. Ya no estaba en su cama. Era su primer viaje. ¡Y qué feliz se sintió!